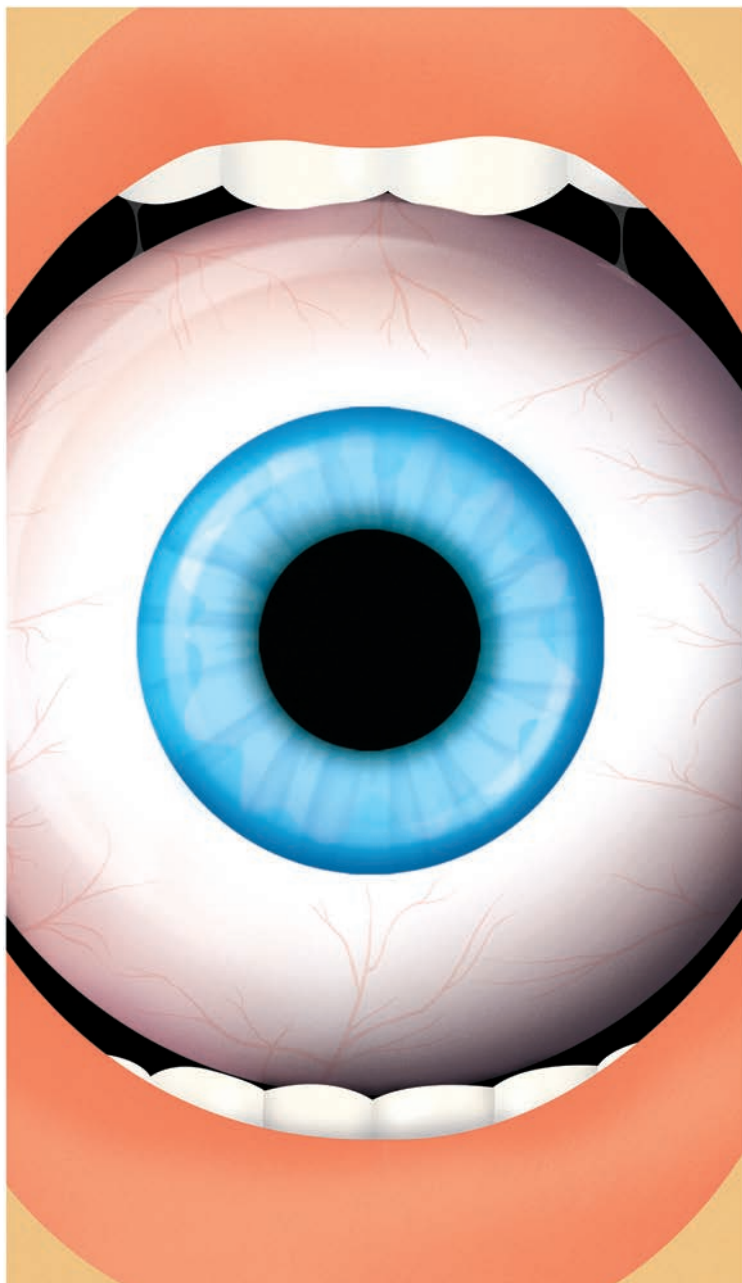




Seix Barral

Los ojos

son la mejor parte



Monika

Kim

Salvaje y original. La oscura
génesis de una asesina en
serie. —*The New York Times*



Seix Barral Biblioteca Formentor

Monika Kim

Los ojos son la mejor parte

Traducción del inglés por
Albert Fuentes

Título original: *The Eyes Are The Best Part*

© Monika Kim, 2024

Publicado de acuerdo con The Bent Agency

© por la traducción, Albert Fuentes, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2025

ISBN: 978-84-322-4472-8

Depósito legal: B. 5.642-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



1

Umma me dice que los ojos son la mejor parte.

La miro mientras se inclina sobre la mesa de la cena, su pelo oscuro bien recogido detrás de las orejas, sus dedos bien cuidados trabajando con agilidad y destreza en el pescado que tiene en la bandeja. Lo ha hecho tantas veces que podría hacerlo con los ojos cerrados. Primero, parte el pescado por la mitad, usando sus palillos de metal para abrir el cuerpo por arriba, donde la cabeza se une con las aletas dorsales, revelando una hilera de espinas diminutas, casi invisibles.

La carne todavía humea, pero mi madre no parece notar nada. Tira de la raspa, que sale entera, y la deja a un lado antes de volver a concentrarse en la blanda carne blanca.

Cuando termina, el pescado está completamente diseccionado, con las espinas bien apiladas sobre una servilleta de papel al lado de la bandeja. *Umma* levanta la vista y nos mira a Ji-hyun y a mí, con una gran sonrisa que cubre todo su rostro. Sabemos qué va a decirnos, pero aun así nos encogemos incómodas.

—¿Quién quiere el ojo? —pregunta señalándonos

la bandeja. El pescado nos mira boquiabierto, con los ojos en blanco.

Ji-hyun, mi hermana, tiene quince años y es la persona más escrupulosa con la comida que conozco. Ni siquiera puede comerse un tomate sin tener náuseas; la textura babosa le da ganas de vomitar. Cada vez que mi madre saca el tema de los ojos del pescado, Ji-hyun se queda pálida y se le forma una película de sudor en la frente.

—Ni hablar. —Mi hermana sacude la cabeza, apartándose de la mesa—. Antes, muerta.

Umma ni se inmuta al oír su reacción.

—¿Ji-won? —pregunta—. ¿Y tú? ¿Quieres el ojo?

Me estremezco.

—No. De verdad que no.

—¡Pues más para mí! —dice *umma* alegremente.

Coge un palillo de metal con los dedos y lo clava en la cabeza del pez. A mi lado, Ji-hyun suelta un ruido que está a medio camino entre el jadeo y la arcada. No me hace falta mirarla para saber que la boca le cuelga abierta. La mía está paralizada de la misma manera, nuestros semblantes son dos espejos que se miran.

Al cabo de unos segundos, *umma* coge los palillos y los levanta bien arriba para que Ji-hyun y yo podamos ver la bolita blanca, sujeta entre las finas varas de metal. Tiene un gesto triunfante, sus ojos brillan, y antes de que podamos impedirselo se mete esa asquerosidad en la boca.

—¡Delicioso! —exclama, y abre la boca y nos saca la lengua a las dos. La luz se refleja en sus empastes plateados—. ¿Lo veis? *Umma* no os engaña. Chicas, de verdad que vosotras os lo perdéis.

Nos ha amargado la cena. Ji-hyun y yo nos comemos el pescado con desgana e intentamos concentrarnos en el arroz al vapor y las guarniciones. Ese pez llevaba un buen rato muerto antes de que mi madre le sacara el ojo de la cabeza, lo sé, pero de todos modos me sigue pareciendo un poco excesivo.

Antes de que *umma* empezara a hacer eso, nunca me había sentido mal por comer pescado. Cada vez que había para cenar, lo devoraba, dejando las espinas absolutamente limpias. Ahora no puedo mirar un pez muerto sin sentirme cruel. Esa cosa fue un ser vivo, que respiraba en el agua. Veía con los ojos, sentía y pensaba. Seguramente tenía familia, e incluso hasta amigos.

Umma sigue con su cháchara, ajena a nuestro malestar, metiéndose paladas de arroz y pescado en la boca. Ni con la boca llena deja de hablar, y de vez en cuando se le caen trozos de arroz a medio masticar sobre la mesa. Por si eso fuera poco, coge la piel del pescado, que está frita, doradita y chorreando aceite, y se la mete en la boca. Cruje entre sus dientes.

—Es porque sois jóvenes todavía —dice riéndose—. De niña odiaba estas cosas, la piel del pescado, los ojos. Seguramente porque mis padres me obligaban a comérmelas. Éramos pobres y no querían tirar nada. Nos decían que comerse los ojos daba buena suerte, pero yo me negaba igualmente. No empecé a comer este tipo de cosas hasta que me hice mayor, hasta que me vine a California y conocí a vuestro padre...

Se interrumpe de golpe. Cuando deja de farfullar, de repente se hace un silencio incómodo, insoportable, entre nosotras. Mi hermana y yo nos miramos con el rabillo del ojo. Es la primera vez que *umma* menciona a nuestro

padre desde que se marchó sin previo aviso hace un par de semanas.

Umma se aparta el flequillo de la frente con la mano y las comisuras de sus labios se elevan con un gesto crispado. Es una sonrisa forzada. Se pone de pie y su silla araña ruidosamente el suelo de linóleo.

—Qué bien hemos comido —dice—. Estoy tan llena que voy a reventar.

Asiento intentando mantener un gesto neutro.

—Estaba delicioso —digo.

Umma deja sus platos en el fregadero y abre el grifo. Ji-hyun y yo oímos el gorgoteo del estropajo en la mano de nuestra madre y el agua que golpea el metal. Entonces, sin mediar palabra, se marcha a su cuarto. Sus pasos son suaves.

Vivimos en un piso pequeño. La cocina y el salón están pegados, y detrás de una esquina hay un pasillo muy corto y el cuarto de baño que compartimos. Luego están las dos habitaciones. Son sesenta y cinco metros cuadrados y se oye todo. Cada susurro, cada paso, cada crujido, cada vez que tiramos de la cadena.

Espero a que *umma* cierre la puerta de la habitación antes de ponerme de pie y recoger la bandeja en la que yace el pescado, a medio comer, con un agujero donde debería tener el ojo. Aún está caliente.

—No quieres más de esto, ¿no? —pregunto a Ji-hyun.

Ella ladea la cabeza y me mira con los ojos entornados.

—Claro que no.

Me acerco al cubo de la basura y, con el tenedor, vacío la fuente de los restos de pescado. Los dientes chirrían cuando los paso contra la loza. El pescado aterriza sobre posos de café y pieles rizadas de cebolla, desde donde me

mira con gesto acusador, como si hubiera sido yo la que le ha hecho daño. Si Ji-hyun no estuviera aquí, le habría dicho: «No es culpa mía. No he sido yo».

No siento algo de alivio hasta que la tapa se cierra.

2

Siendo sincera, hasta hace un par de semanas no tenía ni idea de por qué la gente se comía los ojos del pescado. La primera vez que pasó, estaba convencida de que mi madre había perdido la cabeza porque mi padre se había marchado.

Fue unos días después de que se marchara *appa*. *Umma* estaba desconsolada. Se pasaba la noche sollozando y, aunque intentara que no nos diéramos cuenta, era evidente. Por la mañana tenía los ojos rojos e hinchados, y la punta de la nariz irritada de tanto sonarse. Además, podíamos oírlo todo, sus gemidos discretos, sus quejidos de dolor, que atravesaban la delgada pared y entraban flotando en nuestra habitación, en la que Ji-hyun y yo estábamos echadas en la cama que compartimos. Desveladas, nos mirábamos la una a la otra.

Fue Ji-hyun la primera en decir algo. Me susurró en una voz tan baja que me costó oírla:

—¿Tendríamos que decirle algo?

—No —musité—. No quiero que se sienta ridícula.

Si soy sincera, tenía miedo. Ji-hyun quería que tomara las riendas, que adoptara el papel de hermana mayor.

Quizá debería haberlo hecho. Pero se me revolvía el estómago con solo pensar en entrar ahí y ver a mi madre tirada sobre su almohada. Yo quería dormir, olvidarme de todo lo que estaba pasando. Cada vez que cerraba los ojos, los ruidos que hacía mi madre al llorar se intensificaban, llenando nuestro cuarto hasta que ya no quedaba espacio para respirar.

Ji-hyun me dio un toque con el codo.

—¿Qué? —pregunté.

—*Appa* va a volver, ¿no? —me susurró—. No nos dejaría así.

Me quedé mirando las mantas que me cubrían.

—Estoy segura de que nunca haría algo tan horrible —continuó Ji-hyun—. ¿Tú qué opinas?

Yo ya sabía la verdad. Que nuestro padre no iba a volver. Pero, aunque estuviéramos a oscuras, pude ver la expresión de mi hermana, las arrugas que surcaban su frente. Me dolió tanto verla así que tuve que mentirle.

—Claro que va a volver.

Se volvió hacia mí, apoyándose en el codo, y se mordió el labio inferior.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque lo estoy.

Más tranquila, Ji-hyun se acurrucó a mi lado como una gamba cocida, con los pies colgando fuera de la cama. Acaricié su pelo sedoso y oscuro, mientras miraba cómo su pecho se alzaba y caía. Finalmente se durmió. Se la veía tan relajada y cómoda que casi no me sentí culpable. Me quedé despierta hasta mucho después de que mi madre callara por fin. Ji-hyun roncaba a mi lado. Solo entonces, el horror de la situación en la que nos encontrábamos volvió nadando a mi corazón.

Mi madre preparó todo un banquete para la noche siguiente. No nos lo esperábamos, a la vista de lo aletargada y hundida que había estado esa mañana. Regresó antes del trabajo, saltó por encima de Ji-hyun y su montaña de deberes en el suelo, y se pasó toda la tarde cocinando como en un arrebato. El sudor le goteaba de la frente. Se lo secó antes de llamarnos a la mesa, con un grito:

—¡La cena está lista!

Una calina de humo llenaba el apartamento. Había oído a mi madre trasteando de la cocina al salón, pero aun así me sorprendió ver que la mesita rectangular en la que comíamos estaba repleta hasta el último centímetro de comida. En el centro había un gran bol de piedra lleno de tiras de costilla estofadas, el plato favorito de mi padre. Al lado, reposando sobre papel absorbente, un pez entero frito, como lo hacía mi madre, en una olla llena de aceite. Vi tofu blando marinado en soja y huevos al vapor con trocitos de cebollino que vibraban cada vez que tocábamos la mesa. También había un colorido repertorio de guarniciones, todas preparadas en casa: espinacas rehogadas, de un verde intenso, completamente empapadas en aceite de sésamo, germinados de soja aliñados, de los que asomaban sus cabecitas amarillas, y brotes de helecho, sofritos con ajo hasta alcanzar un tono marrón terroso. *Umma* incluso había hecho *kimchi* fresco: los trozos crujientes de repollo blanco contrastaban con el rojo brillante de la cayena picada. Casi no había espacio para apoyar los codos, e imaginé que la mesa se combaba bajo el peso de nuestra cena.

Era mucha comida para solo tres personas, pero cuando vi un servicio de mesa en el sitio en el que mi padre se sentaba casi siempre, lo entendí. Ji-hyun y yo nos sentamos en nuestras sillas habituales, rodeadas de

platos y boles, y empezamos a comer. Mi madre, en cambio, se sentó en el borde de la silla, con una cuchara colgando inerte de sus dedos. Toda su atención iba dirigida a la puerta de entrada, como si *appa* estuviera a punto de aparecer de sopetón.

Ji-hyun me miró levantando las cejas y me señaló con la cabeza el cuerpo tenso de *umma*. Yo carraspeé.

—Has pasado mucho tiempo preparando la cena. Por lo menos, come un bocado.

A regañadientes, *umma* desgajó un trozo de carne y lo colocó encima de su plato de arroz. Cuando empezó a hurgar en la montaña humeante de comida, oímos un débil tintineo en el rellano de la escalera. *Umma* se puso en pie de un salto y corrió a la puerta. Yo contuve el aliento y me quedé mirándola mientras ella sostenía la mano encima del pomo. Todas esperábamos que empezara a girar. Oímos, en cambio, una voz chillona:

—Me he equivocado de puerta. ¡Lo siento!

Era el vecino, un viejo olvidadizo que intentaba abrir nuestra puerta por lo menos una vez a la semana. *Umma* se derrumbó en el suelo y se llevó las manos a la cara. Un sollozo ahogado escapó de sus labios. Ji-hyun y yo corrimos hacia ella. Cuando le acaricié el hombro con dulzura, se apartó de golpe. Volvió la cabeza hacia mí y vi que el rímel, aplicado con esmero, le corría ahora mejillas abajo.

Ji-hyun y yo la ayudamos a ponerse de pie y volver a la mesa. Se sentó, marchita como una flor sedienta, con el pelo alborotado. Levantó la vista y, después de mirar primero a Ji-hyun y luego a mí, se echó a reír. La risa era estridente y daba miedo.

—¿Creéis que tengo mala suerte? —preguntó *umma*.

—No —respondió Ji-hyun. Estaba asustada, con las

manos aferradas al canto de la mesa. Los nudillos se le habían quedado blancos—. ¿Por qué?

Umma se encogió de hombros y señaló el montón de pescado que nos esperaba en la mesa.

—Los ojos de pescado dan buena suerte. Si me como uno, quizá me traiga de vuelta a vuestro padre.

Antes de que pudiera decir nada, *umma* arrancó el ojo de la cabeza del pescado. Tenía trozos gelatinosos pegados, restos de piel y de carne. Sin dudar, se metió esa cosa en la boca y empezó a masticala. Ji-hyun y yo chillamos al mismo tiempo.

—¡Escúpelo!

Horripiladas, vimos cómo lo engullía. Su garganta se movió de arriba abajo. Ajena a nuestro asco, *umma* le dio la vuelta al pescado.

—¡Mirad! ¡Aquí tiene el otro ojo! ¿Quién quiere probarlo?

El tofu osciló como si fuera a caerse cuando Ji-hyun y yo nos apartamos de la mesa. La silla de mi hermana se inclinó hacia atrás y cayó ruidosamente al suelo.

Fue la primera vez que *umma* nos obsequió con una risa sincera esa noche.

—No os obligaré a comerlo, chicas —dijo sonriendo entre lágrimas—. En realidad, me alegra que no queráis probarlo. Vuestra madre necesita toda la suerte de este mundo.